

José Rizal Mercado. Epistolario

José Luis Munoa Roiz*

El libertador de Filipinas (1)

NO hace muchas semanas se celebraba en Filipinas el centenario de la ejecución de José Rizal, líder del movimiento nacionalista.

Nacido en Luzón, en 1861, estudió con los jesuitas y, posteriormente, con los dominicos en la Universidad de Santo Tomás en Manila. En 1882 salió de Filipinas para especializarse en Medicina, pero también para seguir unos determinados ideales políticos. Se especializó en Cirugía Ocular con prestigiosos maestros en París, Heidelberg y Berlín. Artista y poeta, historiador e investigador, era capaz de escribir en español, tagalo, alemán, francés, inglés e italiano. Hombre de vastísima cultura, conocía también el latín, el griego y el hebreo. En sus escritos, citaba con frecuencia a Cervantes, Schiller, Shakespeare y Dante.

(1) Puede verse el artículo de Raúl J. Bonoan SJ, presidente del Ateneo de Naga/Filipinas, en la revista *América*, vol. 175, n.º 18 (diciembre, 7, 1996)

* Doctor en Medicina. País Vasco.

Cuando Rizal llega a Madrid, los estudiantes filipinos que cursaban estudios en la Universidad de Madrid lo reconocen muy pronto como su líder. Rizal se adhiere firmemente a la defensa de los «Derechos del hombre» proclamados por la Revolución Francesa. En un primer momento luchó para que Filipinas fuera considerada como una provincia de España. En 1884 la idea de dos pueblos, iguales en derecho y en dignidad resultaba radicalmente nueva. Esta actitud de Rizal asustó a la comunidad española de Manila. Lo calificaron de subversivo. Defendió un programa de reformas liberales, de inmediato cumplimiento, que comprendían, entre otras cosas, la libertad de prensa y una representación en el Parlamento español.

En sus escritos, Rizal atacaba con frecuencia a los «frailes» (agustinos, dominicos, franciscanos...). Se oponían estos a la promoción del clero nativo, cuyos líderes, los padres Burgos, Gómez y Zamora fueron ejecutados en 1872 por su complicidad en las revueltas del Cavite. Les achacaba Rizal a estos religiosos su oposición a la difusión del castellano, la resistencia que oponían ante las ideas liberales, y la preocupación por sus propios intereses económicos.

Rizal acabó convenciéndose de que la única solución viable para Filipinas era la independencia de España. Aunque esta solución no la veía como algo cercano, pensaba que los indígenas deberían prepararse para alcanzar esa meta.

En 1887 publicó en Berlín su primera novela *Noli me tangere*. Si Abraham Lincoln confesó a Harriet Beecher Stowe que su *Uncle Tom's Cabin* había causado la guerra civil, con respecto a la novela de Rizal se podía decir algo parecido. En 1887 (agosto) vuelve Rizal a Filipinas, precedido ya de amplia fama de subversivo y hereje. Pero a los 6 meses, por insistentes ruegos de sus padres, marchó a Londres pasando antes por Estados Unidos.

El período de Londres es el más productivo de su vida. Realizó investigaciones históricas, durante bastantes meses, en el British Museum. Los filipinos ex-patriados en España fundaron una asociación, «La Solidaridad» y eligieron a Rizal presidente de la misma. Los conocimientos y escritos de Rizal alentaron muy decisivamente el movimiento de liberación filipino. Animaba continuamente a sus compatriotas a que pusieran en práctica «la gran ley de la historia», es decir que las colonias se autodeclararan independientes de las metrópolis. Partidario decidido de la independencia, nunca lo fue de la violencia. «Sólo el amor puede hacer milagros... ¿Para qué sirve la independencia si los esclavos de hoy se convierten en los tiranos de mañana?», escribía Rizal en su segunda novela.

En 1892 regresa Rizal a Filipinas. Aspiraba a unir todo el archipiélago

de Filipinas en un «cuerpo compacto, vigoroso y homogéneo». Arrestado ya ese mismo año, fue enviado al exilio en la isla de Mindanao. Terminó este exilio al ofrecerse Rizal como médico voluntario para atender a los soldados españoles en Cuba. Desde Barcelona, a donde había llegado camino de Cuba, fue devuelto a Filipinas donde ya había estallado la revolución. Acusado de haber instigado y dirigido la insurrección, fue condenado a muerte el 29 de diciembre.

Poco antes de esta fecha, Rizal pidió a algunos jesuitas que lo visitaran. Desilusionado por la actitud de la Iglesia española respecto a las ideas liberales, hacía tiempo que había abandonado la práctica religiosa. Según un testimonio de un jesuita, después de no pequeña resistencia y de fuertes dudas, Rizal recibió los sacramentos la víspera de su muerte y escribió un documento en que se retractaba de la masonería. Al día siguiente contrajo matrimonio por la Iglesia con una joven irlandesa con la que había vivido en Dapitan.

La ejecución de Rizal fortaleció la decisión de los revolucionarios quienes declararon la independencia en junio de 1898 con un documento que recogía algunas frases de la Declaración de Independencia de Estados Unidos.

En recientes décadas, historiadores de orientación marxista han caracterizado a Rizal como un intelectual burgués, que rechazaba la revolución proletaria. Atribuyen su apoteosis como héroe nacional al gobierno americano el cual, prefería como modelo para Filipinas al no-violento Rizal frente al revolucionario Bonifacio. Sin embargo Rizal no encaja en estos moldes de pensamiento marxista. En sus escritos, y muy especialmente en la despedida a su país, «*Último adiós*», escrita poco antes de su muerte, los filipinos pueden reconocer su propia historia, su cultura y sus costumbres.

En el proceso que actualmente sigue Filipinas, después del gobierno de Marcos, el pensamiento de Rizal está ejerciendo una gran influencia. Al referirse Rizal a la «formación» de la nación insistía muy especialmente en la educación. Si algunos movimientos nacionalistas del sexos daban una gran importancia al estado, para Rizal la base de la nacionalidad no la constituía la raza, el origen étnico, la religión o la lengua sino aquella pertenencia a una «comunidad humana» que se deriva de la educación. Algunos países de Asia tienen hoy muy altas escalas de crecimiento económico y, después de siglos de marginación, se van acercando a los centros neurálgicos del mundo económico. Pero, en opinión de algunos líderes asiáticos actuales, la prosperidad económica y la estabilidad política, dos obsesiones de Asia, deben ser guiadas por los valores humanos, antiguos y modernos, tales como la dignidad de la persona, la igualdad, la justicia, los derechos humanos. El Primer

Ministro de Malasia, Anwar Ibrahim lo señalaba no hace mucho en una conferencia internacional sobre Rizal, celebrada en Kuala Lumpur.

«No pretendo decir que nuestra libertad debe ser alcanzada con la punta de la espada... Debemos ganar nuestra libertad, mereciéndola, amando lo que es justo, lo que es bueno, lo que es grande, hasta el punto de ser capaces de morir por ello. Cuando un pueblo alcanza estas metas, Dios provee las armas, los ídolos y los tiranos caen como un castillo de naipes y la libertad brilla con las primeras luces de la aurora» escribió Rizal. De los escritos de filosofía política de Rizal se deduce que la búsqueda de la prosperidad habría que hacerla dentro del contexto de la libertad y la democracia. El pensamiento de Rizal, recordado especialmente ahora en Filipinas con ocasión del centenario, es caudal político de gran valor para el crecimiento y consolidación de una nación (2).

Introducción al Epistolario

LA figura de José Protasio Rizal Mercado y Alonso es un permanente desafío para el biógrafo riguroso. Escudriñar en su compleja personalidad, en los recónditos pliegues de la rica diversidad de su psicología, produce una cierta sensación vertiginosa en función de los enigmas que sugiere.

Para compensar ciertos aspectos de información erudita e incluso de interpretación, he tenido la fortuna de contar con la colaboración del profesor Raúl J. Bonoan SJ, del Ateneo de Naga, en Filipinas, que me envió su libro *The Rizal-Pastells correspondence* (Ateneo de Manila University Press, 1994). Su aportación ha sido inestimable, porque la lectura del epistolario de Rizal permite entrever aspectos más íntimos y, por tanto, menos difundidos de su rica personalidad.

¿Corresponden el tono y la redacción de las cartas que vamos a tratar a las actitudes presumibles en el brillante estudiante de Medicina y Filosofía y Letras, al médico-oftalmólogo, viajero del mundo entero, amigo de Wecker, el célebre oftalmólogo de París, de Meyer, director del Museo Etnográfico de Dresde, de Blumentritt, profesor de Historia en el Ateneo de Leitmeritz, del insigne Virchow, etc.? La respuesta inmediata es negativa y, sin embargo, su atenta lectura nos inducirá a ser más cautos y prudentes en nuestros juicios.

Entre 1892 y 1893, el Dr. José Rizal y el jesuita P. Pablo Pastells

(2) Hasta aquí, nota de la Redacción.

mantienen una interesante correspondencia. **Rizal** ha cumplido 31 años y escribe desde su exilio en Dapitan (isla de Mindanao), mientras que el **P. Pastells**, de 45 años y superior de los jesuitas en Filipinas, lo hace desde su sede jerárquica en Manila. Ambos debaten fundamentalmente tres temas: el protagonismo del juicio privado, el problema de Dios y la valoración de la Revelación.

Es evidente, a través de la correspondencia, el esfuerzo del **P. Pastells** por atraer a **Rizal** nuevamente al seno de la Iglesia católica. Se trata de un enfrentamiento, algo arcaico desde el punto de vista actual, entre la ortodoxia católica por un lado y el ideario nacionalista de la Ilustración, junto con la manumisión personal del Liberalismo, por otro.

El hallazgo de esta correspondencia es relativamente reciente, entre los Archivos Jesuíticos de San Cugat del Vallés (Barcelona), y se ha publicado íntegramente merced a la labor investigadora de **Raúl J. Bonoan SJ** (1994). Esta documentación se planteó en algún momento como un testimonio del «españolismo» de los jesuitas, que habían sido cuestionados como educadores de las jóvenes generaciones de filipinos.

En sus «*Memorias de un estudiante de Manila*», **Rizal** recuerda que vivió bajo el tutelaje y la disciplina de los jesuitas. En el Ateneo comenzó su larga y amistosa relación con el **P. Pastell**. Así se justifica que incluso el conocido panfleto anónimo «*La Masonización de Filipinas. Rizal y su obra*» fuese lógica y racionalmente atribuido al **P. Pastells**, ya que éste conocía el tema directamente y soportaba con dificultad el resentimiento derivado de su fracaso inquisitorial acerca de **Rizal**.

Tiene particular influencia en el período del Ateneo el **P. Francisco de Paula Sánchez**, que enseñó al joven **Rizal** Retórica, Geometría, Francés, Latín y Griego (1875-76) y, como consecuencia, influyó en el desarrollo de su talento literario. Del **P. Sánchez** guardó siempre **Rizal** un grato y entrañable recuerdo.

En 1875 llega a Filipinas el **P. Pablo Pastells**. Entre sus nombramientos más inmediatos debemos citar el de director de la Congregación Mariana, de la que **Rizal** es miembro destacado tanto por su trabajo como por su excepcional inteligencia. Como resultado de esta relación iniciada en tales circunstancias, el **P. Pastells** llegó a ser el director espiritual de **Rizal** y su confesor habitual, e incluso «su mejor amigo» según testimonio escrito.

También tenemos constancia de que **Rizal** conocía bien las obras del presbítero catalán **Félix Sardá y Salvany**, autor del monumento al conservadurismo e integrista religioso titulado *El Liberalismo es pecado*.

La educación recibida por el adolescente **Rizal**, fuertemente reaccionaria y de una sólida ortodoxia, chocaba violentamente con el clima que reinaba en la Universidad Central de Madrid a finales del siglo XIX. La Década Renovadora (1870-1880) desarrolló una nueva conciencia de la función de la Universidad y el decreto Orovio (26 de febrero de 1875), que desencadenó la denominada «Cuestión Universitaria», sirvió para delimitar posiciones intelectuales. El contacto con liberales, racionalistas, krausistas, francmasones, etc., abrió nuevos horizontes al joven filipino. La denominación de «krausista», que pretendía concretarse en los seguidores de una determinada escuela filosófica, incluía en realidad las opciones intelectuales más diversas, agrupadas en una actitud liberal y moderna que se resistía al integrismo dogmático. Es evidente que el krausismo facilitó la evolución ideológica al positivismo. Las ideas positivistas dominaban en el mundo científico y la medicina había modificado radicalmente la óptica de los fenómenos biológicos. La observación cuantificada y la experimentación son las nuevas armas que se ofrecen al futuro médico.

El espíritu de **Rizal** se preparó así para el gran cambio que había de completarse con sus viajes y nuevas relaciones en Europa.

Epistolario

1.ª carta de Rizal

DAPITAN, 1 de septiembre de 1892.

Nuestro autor comienza por hacer una defensa del juicio personal individualizado y rechaza con discreción, pero con dignidad, el apelativo de «majaderías» que algunas de sus opiniones han merecido por parte del **P. Pastells**. Muestra su confianza en la autonomía de los individuos para concluir juicios personales.

Rizal trata el tema desde varios puntos de vista, incluido el religioso, caracterizado este último por los apriorismos y las normas, ya que considera que Dios ha dotado a cada personaje de la capacidad de juicio suficiente, de acuerdo con lo que conviene en cada caso. Así, todos y cada uno son «transformables en máquinas perfectas, variadas y adaptadas al fin que Él sabrá».

En el texto se deslizan términos derivados de su especialidad oftalmológica, tales como «fotofobia» y «cataratas», para ilustrar situaciones de difícil percepción de la realidad.

Se refiere también **Rizal** al «amor propio» —se supone que citado previamente por su interlocutor—, al que considera un «don de Dios».

Acepta con deferencia y respeto los consejos, pero afirma: *«me considero feliz de poder sufrir algo por una causa que considero sagrada»* y supone que el éxito de la empresa es más seguro si se padece por ella. Esto implica una actitud sacrificial de ofrenda personal, incluso de inmolación, muy congruente con la personalidad de Rizal. Con resignación acepta que ese criterio pueda denominarse «fanatismo». No pierde por tanto, su capacidad de autocrítica por muy trascendentes que sean la «causa» y el «objetivo».

Muestra por fin una verdadera actitud «evangélica» frente a los riesgos que augura. Así, dice: *«Creo que estoy en manos de Dios y que todo lo que tengo y cuanto me sucede es su Santa Voluntad»*.

Esta actitud conformista frente a los hechos le hace preguntarse si no se trata en realidad de «fatalismo oriental».

Termina la misiva con sumisa conformidad frente al «destino»: *«que se cumpla en mí su Santa Voluntad»*.

2.^a carta de Rizal

DAPITAN, 11 de noviembre de 1892.

Inicia la escritura agradeciendo el obsequio de un «Kempis», las obras del P. Chirino, del P. Delgado y las *«Cartas de los Misioneros»*.

Continúa inmediatamente con una valoración de la «causa» que prima en su vida, ya que su interlocutor la cuestiona. Afirma *«no siento ni la humildad de mi causa ni la pobreza de su recompensa, sino el poco talento que Dios me ha dado para servirla»*, justificando la determinación de su actitud porque *«nadie escoge la nacionalidad ni la raza en que nace»*.

En cuanto a tratar de política en sus cartas, lo considera improcedente ya que *«sin libertad una idea algo independiente sería provocativa, y otra afectuosa sería considerada como bajeza o adulación»*.

Pese a esta afirmación previa, es sumamente interesante la defensa que ingenia de su obra escrita, ya que su interlocutor parece relacionarla con ciertos resentimientos, complementados con una vulneración de la dignidad.

Rizal reconsidera la época, las razones que le impulsaron a escribir *«Noli me tangere»* (1887) y su análisis de la situación y dice: *«fue una clara visión de la realidad en mi patria y el acierto para juzgar la etiología»* lo que le permitió afirmar con cierto orgullo que había llegado incluso a adivinar el porvenir.

En cuanto a las inspiraciones alemanas que el P. Pastells parece insinuar, Rizal confirma su relación con Ferdinand Blumentritt, advirtiendo que le encomiaba la religión católica, y con Rudolf Virchow, limitando la influen-

cia alemana exclusivamente al medio social, al que califica de sereno y confiado en el porvenir.

Sin embargo, me parece difícil que **Rizal** no fuese sensible al nacionalismo romántico alemán, que vivía sus horas triunfales después de la victoria de 1870 y la proclamación del Imperio Alemán. Aun para un personaje de tan especial sensibilidad como **Rizal**, tuvo que ser difícil, por no decir imposible, sustraerse a la fascinación e influencia del «*Volksgeist*» y, como consecuencia, percibir ciertas relaciones, más o menos circunstanciales, con la situación en Filipinas. Tampoco pudo pasarle desapercibido el significado liberador de la «*Kulturkampf*» y sus perspectivas de plenitud intelectual.

Particularmente interesantes por sus conclusiones resultan las conversaciones con un sacerdote católico y un pastor protestante en Oderwald. **Rizal** concluye de tales contactos que las religiones deben servir para hermanar a los hombres, con gran respeto por la buena fe del adversario y por toda idea sinceramente concebida y practicada con convicción. De estas entrevistas, y de las maneras y modos del sacerdote y el pastor, **Rizal** concluye que ambos hombres se consideraban servidores de un mismo Dios. Este hecho, posiblemente real, parece justificar su deísmo, generado desde un punto de vista no apriorístico y con tendencia a un sincretismo ambiguo.

En cuanto a la «tempestad» que el **P. Pastells** predice, según se deduce del texto de la carta, **Rizal** afirma: «*Si esa tormenta ha de producir el bien, el adelanto de mi patria, si con ella se ha de despertar la atención de la Madre España en pro de los ocho millones de súbditos que le confían su porvenir, bienvenida sea*». Obsérvese que define a sus compatriotas como súbditos y no como ciudadanos. La palabra queda aislada, pero el significado puede ser revelador, ya que tenemos la evidencia de que **Rizal** revisaba y corregía cuidadosamente sus escritos.

Sutilmente, sugiere al **P. Pastells** «*que nadie puede juzgar las creencias de los demás tomando por norma las suyas propias*».

Por último, advierte acerca de la simplificación de la actitud sociopolítica que le atribuye su interlocutor, referida al «separatismo», y rechaza tal reduccionismo como incongruente con su forma de pensar.

3.^a carta de Rizal

DAPITAN, 9 de enero de 1893.

En esta misiva, por primera vez hace referencia concreta a su problema

de fe diciendo que *«he pasado revista a lo poco que me ha quedado del naufragio de la fe»*.

Comienza su argumentación con una afirmación de deísmo, confirmando la fe en su Creador omnisciente y omnipotente. Continúa señalando las contradicciones entre algunos preceptos de diversas religiones y su decisión personal de optar siempre por el precepto *«más conforme con las leyes naturales»*, ya que la naturaleza es la manifestación clara del Creador, aunque siempre nos suministrará un conocimiento imperfecto de Él. Aquí parece percibirse un cierto eco del panenteísmo krausista. A pesar de estas limitaciones, afirma Rizal que el «Autor del Hombre» quiere su perfección mediante el cúmulo de conocimientos, ya que estos encierran la auténtica fuerza generadora del futuro y, en cambio, no es así con el empleo de la fuerza o el afán de conquista. Termina el párrafo afirmando *«la tierra odia al que consume y sólo triunfa el que perfecciona y se perfecciona»*.

Discretamente optimista frente al futuro, espera *«poder unificar un día todas las conciencias, sin luchas, sin anatemas, sin sangre»*.

También se afirma en la creencia en la inmortalidad del alma y en la redención por el Verbo.

Se excusa ante el **P. Pastells** por no poder mantener una coincidencia doctrinal total en mayor grado por las divergencias de opinión, a las que minimiza como elementos de confrontación personal.

4.^a carta de Rizal

DAPITAN, 5 de abril de 1893.

En esta misiva se reitera el tema religioso suscitado por el **P. Pastells** y **Rizal** se ve obligado a retomarlo como respuesta a los requerimientos de su interlocutor.

Insiste en su deísmo admitiendo que nada sabe de la Divinidad y, reconociendo que la Revelación es posible, rechaza las supuestas revelaciones de las diversas religiones. Apela a la conciencia como manifestación divina personal capacitada para decidir, juzgar y calificar sus actos, pasando después a negar con rotundidad la infalibilidad de la Iglesia católica. Es digno de observar que no cita al Papa, ni concreta algo más las fuentes del don de la Infalibilidad definido en el Concilio Vaticano I (1870), pero admite en la Iglesia católica mayor perfección en la doctrina y en la organización, si bien

no la excluye de las demás religiones en el estigma de la marca de la huella del hombre, lo que Rizal denomina «la uña humana».

Muestra su escepticismo por las interpretaciones de las Escrituras, milagros, etc., y considera como un esfuerzo de la fantasía voluntarista que hace al final coincidir los datos objetivos con los deseos.

Termina defendiendo el Racionalismo y afirmando que demuestra poseer mucho más orgullo el que pretende imponer a los demás «*lo que su razón no le dicta sino porque le parece que es la verdad*». La palabra «parece» lleva a pensar que se trata de un eufemismo, para aminorar la referencia a «la verdad».

5.^a carta de Rizal

DAPITAN, mes incierto, quizá junio, de 1893.

Por el tono de la carta parece inferirse que Rizal estimó la posibilidad de finalizar la correspondencia debido probablemente a la actitud admonitoria, poco tolerante e impositiva del P. Pastells, y con sutileza, a mi modo de ver un poco mordaz, le reconoce a su interlocutor «*la compasión que le debe de inspirar mi situación religiosa observada desde su punto de vista*».

Creo que merece la pena seguir las escueltas líneas que Rizal dirige a su antiguo profesor, evidentemente dolido por actitudes que él no considera justificadas. Declara: «*yo no alcanzo a comprender ya todo el mérito de los razonamientos de V.R. y me haría culpable ante la sociedad por robarle el tiempo tan necesario y tan útil a tanta gente que vive bajo su dirección*».

Continúa: «Yo le quedo muy profundamente agradecido por el deseo que me ha manifestado en iluminarme e ilustrarme; temo que sea un trabajo inútil y antes de hacerle perder el tiempo prefiero decirle: Dejemos a Dios lo que es de Dios y a los hombres lo que es de los hombres. La vuelta a la fe, según V.R., es obra divina».

Conclusiones

Es obvio que Rizal ha madurado, tiene ideas más concretas de su actitud intelectual, aunque a veces se descubren niveles imprecisos, y ha evolucionado también en cuanto a los objetivos y medios de la acción política.

De la evolución de su pensamiento nos ofrece un descarnado perfil

el **P. Pastells**, con particular y severa referencia a la influencia alemana, derivando consecutivamente a la opción por la bandera de la subversión. Su influjo, dice, ha logrado confundir la mentalidad del joven **Rizal** con doctrinas reformistas y separatistas, llegando a inyectar en su vulnerable corazón el virus del «sectarismo».

Para este celoso guardián de la ortodoxia son responsables de invadir la brillante personalidad intelectual de **Rizal** primeramente los protestantes y, después, los francmasones.

Sin embargo, al intentar esquematizar su pensamiento, el carácter singular de **Rizal** induce a imprecisiones. Los jesuitas que le atienden en sus últimos días en el Fuerte de Santiago manifiestan una mezcla de libre pensamiento y de extraño pietismo, quizá derivado de su tendencia al ascetismo y con marginación del deísmo que proclamaba en el epistolario que hemos comentado.

Prefiere denominarse a sí mismo «librecreyente», imaginando a Dios como el Padre de todos los que solícitos le imploran. Desde Dapitan, **Rizal** escribe a su madre que cumple el precepto dominical asistiendo con regularidad a misa, pero íntimamente ha llegado a la conclusión de que es prácticamente imposible en la España decimonónica ser liberal y simultáneamente ser considerado buen católico.

Conscientes los liberales de los antagonismos socioculturales con que se enfrentaban, declararon a la Compañía de Jesús objetivo prioritario, ya que presumieron que representaba un obstáculo constante para sus proyectos. Parapetados en el «*Syllabus*», que condenaba «el progresismo, el liberalismo y la civilización moderna», los integristas mantenían que la Fe Católica y la Nación Española eran dos inseparables fundamentos gemelares y que toda modificación de tales principios sólo podía tener una inducción satánica. Era el arcaico concepto del Poder como la alianza entre el Altar y el Trono, y que se intenta mantener frente a la evolución de la Historia.

Muchos países iniciaron el siglo XX disfrutando de la libertad y ejerciendo su soberanía. Filipinas tuvo que esperar a la terrible convulsión generada por la II Guerra Mundial para alcanzar el rango de nación libre y soberana. Pero entre todos los que sintieron la llamada imperativa de la Libertad de los seres humanos, al derecho a la determinación personal, a su individualidad sobre las razas, los pueblos, las sociedades y los sistemas políticos, siempre ocupará un lugar excepcional aquel singular médico-oftalmólogo que se llamó **José Protasio Rizal Mercado y Alonso**.